

RECENSIONES

NICOLAI HARTMANN. *"La Nueva Ontología"*. Traducción e introducción de Emilio Estiú. Buenos Aires, 1954, Editorial Sudamericana. 295 pgs.

Grato aporte para el estudioso de Filosofía, constituye la traducción de "La Nueva Ontología" de Hartmann. La importancia de este pensador es notable, a tal extremo, que un tratado de Filosofía Contemporánea que no lo incluya, resulta deficiente. En nuestro medio la falta de material para conocer el pensamiento de Hartmann es bastante grave; aparte de los estudios de Francisco Miró Quesada y Luis Felipe Alarco, a los que quizás podría sumarse alguna tesis universitaria, no existe bibliografía al respecto. Por esta razón, la presente obra ha de resultar de utilidad suma para ampliar nuestro horizonte filosófico.

El libro que comentamos posee un doble valor: por un lado es obra original de Hartmann y, por otro es casi una síntesis del pensamiento completo del autor, con la adición de que es él mismo quien la ha estructurado. Principia exponiendo que hoy en día se le exige a la Filosofía tareas prácticas: ¡qué deje de lado abstracciones ociosas! Mas precisamente en este punto surge el problema: la Filosofía no puede cumplir tal labor sin tener una teoría del ente que le sirva de apoyo y, en la actualidad, esto es un vacío por llenar.

Las causas de esta situación son complejas. La Filosofía Moderna exageró en su carácter gnoseológico olvidando el aspecto ontológico; por su parte la Ontología Clásica por el descubrimiento de las esencias universales, abandona lo concreto para reducir la realidad del ente a unos pocos principios abstractos de los cuales se podía deducir una visión de lo real. Cierto que los modernos criticaron este desvío, pero no pudieron franquear las fronteras de una crítica negativa. No queda otro camino que volver a plantear el problema ontológico, y para ello hay que precisar algunos temas.

En primer lugar, la nueva ontología debe versar sobre el "ente en cuanto ente", esto es, sobre el ente concreto; por esta vía se ha de llegar a las categorías, análisis y experiencia el ente. Este trabajo requiere una sólida base gnoseológica,

evitando el viejo error de creer que las categorías del conocimiento coinciden con las del ente, pues sólo existe una coincidencia parcial, y jamás esas categorías podrán ser reducidas apriori. Toda esta labor debe centrarse en la realidad, pero entendiendo por ésta algo más amplio y unitario de lo que corrientemente se entiende; así, la realidad debe abarcar lo psíquico, físico, espiritual; debe unir lo interior y lo exterior a la conciencia; se comprende que sean necesarios nuevos conceptos de posibilidad y actualización. Tampoco podrá olvidarse el estudio del hombre, que deberá caracterizarse por considerarlo en comunión íntima con lo real, y resaltando la estrecha correlación que existe entre él y su mundo circundante.

Si principiáramos a intentar un análisis, veremos que en el mundo se da una enorme diversidad de formas del ente, las cuales están ordenadas en perfecta jerarquía, facilitando así la captación de cuatro estratos ontológicos: los fenómenos físicos, los seres vivientes, lo psíquico y lo espiritual. Cada uno de estos estratos tiene sus categorías propias, que van ascendiendo en diversificación hacia el último y principal estrato. Cada estrato se diferencia del anterior por el "novum" o lo propio de ellos, siendo de notar que el estrato superior no puede existir sin la base del inferior, de modo que todos forman un conjunto unitario.

Esta teoría de los estratos permite aclarar muchos problemas filosóficos. Por ejemplo, el idealismo y el materialismo incurrir en un mismo error: hacer depender toda la realidad de un estrato determinado, sea el espíritu o la materia. Igual cosa se puede afirmar del teleologismo, ya que invierte el orden de los estratos, proyectando el espíritu sobre los fenómenos físicos por ejemplo. También el problema de la libertad puede ser clarificado con este criterio: ella aparece junto con el "novum" de un estrato, en el caso del hombre es lo espiritual, que no se da en el estrato inferior.

Finalizando dice Hartmann, que la Teoría del Conocimiento supone esencialmente una posición ontológica. Esta posición ha de versar sobre el mundo al cual se aplica el conocimiento, ya que este rebasa la conciencia individual para volcarse hacia los objetos. El conocimiento es posible por la ley del retorno de categorías, lo cual permite la coincidencia entre los principios ontológicos y los gnoseológicos. Queda así planteada la necesidad y las bases de una nueva ontología.

Es pues, importante este libro ya que para el pensamiento ontológico un auténtico punto de partida para una nueva metafísica. La tesis de los estratos, aunque con cierto sabor a pluralismo jerárquico medieval, pone bases seguras para descubrir las capas de lo real y las categorías del ente. Sin duda alguna, que una profundización de estas investigaciones, logrará desarrollar la base ontológica necesaria para que la Filosofía desarrolle las "tareas prácticas" que se le piden. Cabe resaltar una coincidencia de este pensador con Jaspers, quien también achaca al pensamiento actual la falta de una "base común" para filosofar, de aquí que nuestra época posea tantas corrientes opuestas entre sí. Se requiere un punto básico para calar en lo real, y ese punto no puede tener otro fundamento que el ser.

De lo dicho se desprende que el planteamiento de Hartmann sobre la necesidad de una nueva ontología, es cierto e imprescindible. Ya no es posible pensar en resucitar viejos sistemas metafísicos, aunque hayan sido guía de generaciones enteras; se podrá tomar de ellos, como dice Hartmann, lo que tienen de trascendente a su tiempo, pero resulta anacrónico pensar que aún valgan en su totalidad; los nuevos sectores de la realidad que se han descubierto, los progresos filosóficos y la distinta situación histórica, así lo confirman. La nueva ontología ha de tener el carácter integral que indica el autor, pues los sistemas extremos, como el idealismo por ejemplo, han probado plenamente su fracaso en la Historia de la Filosofía.

Si algo hubiera que observar en esta presentación del libro de Hartmann, es la falta de una teoría de lo trascendente; en otras palabras, falta una alusión al Primer Principio. En su "Nueva Ontología" no hallamos indicio alguno de que considere necesario este punto; es cierto que entre sus otras obras posee una "teología", mas en ésta no la menciona, lo que hace suponer que quizá esté desvinculada de la teoría del ente. De cualquier modo, es una omisión grave en este planteamiento de la necesidad de una nueva ontología, la cual queda reducida a un mero "más acá", lo que no encajaría dentro de un desarrollo metafísico que siempre tiende a ir "más allá" de lo físico. He aquí un punto de la "vieja ontología" que no podemos olvidar.

También Hartmann omite considerar la télesis. Su aplicación a los estratos inferiores del ente lo considera un caso ilícito de antropomorfización de lo real. Sin embargo tal opinión no parece ser muy exacta, pues los últimos progresos de la Biología Contemporánea, en especial de la gestáltica, muestran un claro regreso al concepto de fin, por lo menos en toda actividad orgánica, aunque ésta no llegue a las regiones del espíritu... De otro lado tenemos el caso de la desintegración espontánea del átomo, y con él, de toda la materia del universo para realizar el ciclo del carbono-nitrógeno, ciclo que tiene por finalidad el mantenimiento energético del cosmos. En estos dos ejemplos resalta la idea del fin, que se da en los extractos superiores e inferiores de lo real. Quizá lo que deba hacerse con esta idea, es lo que dice Marcel, esto es, una depuración del concepto para despojarlo de la costra que le han formado las variadas interpretaciones de las escuelas filosóficas, las cuales ocultan su verdadero sentido. Esta labor sí parece necesaria, pues en la actualidad el concepto de fin no responde según su esencia auténtica.

En conclusión, este libro de Hartmann presenta un fecundo campo para investigar las ideas del autor, cobrando mayor relieve por el hecho de contener una valiosa ordenación de los temas ontológicos hecha nada menos que por Hartmann mismo. Para quienes quieran iniciarse en su estudio, el primer libro que están obligados a leer, es el presente.

Como palabras finales, algunas sobre la excelente introducción de Emilio Estiú. En ella podemos encontrar un intento de síntesis de todas las ideas de Hartmann, para formar una guía que oriente la lectura del libro; tal propósito ha sido logrado. A esto debemos añadir una muy útil bibliografía en español. En general, un buen trabajo complementario.

Luis Felipe Guerra Martinière.

JOSE MARIA RIAZA S. J. *Ciencia Moderna y Filosofía*. Madrid, 1953. (Biblioteca de Autores Cristianos). XXXI. 756 pgs.

Se ha convertido en una necesidad de nuestro tiempo, el tener una formación científica para iniciarse en el filosofar. La razón es muy simple, la mayor parte de los problemas contemporáneos de la Filosofía los plantea la Ciencia Particular. Así